

NAOMI FONTAINE

Kuessipan

A ti

Traducción de
LUISA LUCUIX

ÍNDICE

Nómada ... II

Uashat ... 27

Nutshimit ... 58

Nikuss ... 88

A mi madre, que lo descifró.

A Lucille, por su amistad.

A Marcorel, mi poesía.

NÓMADA

HE INVENTADO VIDAS. EL hombre del tambor jamás me habló de sí mismo. Todo lo he hilvanado a partir de sus manos ajadas, de su espalda encorvada. Murmuraba en una lengua antigua, remota. Simulé saberlo todo sobre él. Yo lo amaba, a ese hombre que inventé. Y el resto de las vidas, las he embellecido. Quería ver la belleza, quería crearla. Alterar las cosas —esas cosas que no quiero nombrar— para ver en ellas solo el rescoldo que aún flamea en el corazón de los primeros habitantes. El orgullo es un símbolo, el dolor es el precio que no quiero pagar. Y, aun así, he inventado, he creado un mundo falso, una reserva reconstruida en la que los niños juegan en la calle, en la que las madres tienen hijos para amarlos, en la que se preserva la lengua. Me habría gustado que las cosas fueran más fáciles de decir, de contar, de plasmar sobre el papel, sin esperar nada a cambio, solo que se me entendiera. Pero ¿quién quiere leer palabras como droga, incesto, alcohol, soledad, suicidio, cheque sin fondos o violación? Ya me duele y todavía no he dicho nada. No he hablado de nadie. No me atrevo.

LA NIEBLA. EN COCHE, la falta de visibilidad obliga a los conductores a ir más despacio. A veces dejan encendidos los intermitentes. Es para ayudarse, para orientarse mejor. La calzada está húmeda. Nadie se atreve a adelantar. De noche, se ve mejor solo con las cortas puestas. No dura mucho. Varios minutos, una hora.

Él dice: Mañana de niebla, jornada soleada; tarde de niebla, mañana de lluvia.

Culparon a la niebla, a la bruma habitual de las noches de mayo, al viento mojado del mar que forma nubes grises sobre la carretera que une Uashat y Mani-utenam. Debía de ser una niebla espesa, opaca, infranqueable. Debía de ser una noche negra, oscura, sin luna. No debía de haber coches. Debía de ser el único en seguir por la carretera, en orientarse, en adentrarse en el aire empapado. Los árboles, los postes, debían de esconderse detrás de aquella espesa grisura. El miedo, la falta de experiencia, la velocidad, la temeridad, la inconsciencia como vía de escape.

Siempre he tenido miedo de conducir con niebla.

ME GUSTARÍA QUE LA conocierais, a la chica de la barriga redondeada. A esa que criará sola a sus hijos, que saldrá gritando detrás de su novio por haberla engañado. Que llorará sola en su salón, que cambiará pañales toda la vida. Que intentará trabajar a los treinta años, que terminará la secundaria con treinta y cinco, que empezará a vivir demasiado tarde, que morirá demasiado pronto, completamente agotada e insatisfecha.

Claro que he mentido, que he puesto un velo blanco sobre lo que está sucio.

UN ACCIDENTE DE COCHE. La idea de perder a mi hijo. Los insultos a los innus. La muerte. Los padres ausentes. La tala exhaustiva en el norte. La miseria de mi prima y de sus dos hijos, mi incapacidad para acudir en su ayuda. Los niños maltratados. Las críticas de mi madre. Gabriel, cada vez que no devuelve la llamada. Las películas demasiado bonitas para ser verdad. La opresión. La injusticia. La crueldad. La soledad. Las canciones de amor. Los errores imperdonables. Los bebés que no nacen jamás.

O: LA PIEL GRIS de un hombre demasiado joven para la caja de madera barnizada con dibujos dorados, con tiradores dorados. Sus ojos duermen y su boca de labios finos es inexpresiva como un rostro apagado. Las flores colocadas sobre la caja rodean la oración transcrita sobre un pedazo de madera: *Nunca estoy lejos...*

UASHAT

ÉL DICE: UN CANTO triste, como un grito del corazón. Comparable al *blues*. La lengua innu casi cantada, de entonaciones lentas, que se prolongan con la respiración. La falta de vocales la vuelve impenetrable, como una llamada a la naturaleza, la austeridad, la corteza y las astas.

NEKA, MI MADRE. *MASHKUSS*, osito. *Nikuss*, mi hijo. *Mikun*, pluma. *Anushkan*, frambuesa. *Auetiss*, bebé castor. *Ishkuess*, niña. *Nitanish*, mi hija. *Tshiuetin*, viento del norte. *Mishtapeu*, el gran hombre. *Menutan*, aguacero. *Shukapesh*, el hombre que es robusto. *Kanataus-hiht*, los cazadores. *Pishu*, lince. *Kakuss*, bebé puercoespín. *Kupaniesh*, un hombre que está empleado. *Tshishteshinu*, nuestro hermano mayor. *Tshukuminu*, nuestra abuela. *Nuta*, mi padre.

Las veladas se prolongan hasta tarde cuando superan la puesta de sol. El chirrido de la radio hace salir a los hombres. La moto de nieve solo alumbra el perímetro necesario para no hundirse en ella. En el silencio de los osos en invierno, rugen. Esta noche, no son ni la ciudad ni los aviones los que colorean el cielo de un alarmante y suave tono malva. Los ojos de la niña dicen gracias por haberlo visto.

LA CASA VERDE. LAS sirenas rojas y azules se chocan contra el cristal de la puerta. El cristal, empañado debido al calor, el de la casa; debido al frescor, el de la calle. La jauría se desgañita alarmada, dispuesta a la confrontación, al igual que todos los que están detrás. Gritan a las sirenas para que se apaguen. No tienen miedo de nada.

Las chicas solas sí tienen miedo por la noche. Las puertas atrancadas, las ventanas cerradas incluso en junio. Es por las vallas, que a nadie impiden el paso. Por los alaridos que provienen del exterior.

Las sirenas azules y rojas que giran sin descanso solo asustan a las jóvenes. Silenciosas tras sus paredes, observan sin ser vistas.

Apenas unos metros. Las sirenas no funcionan. Las sirenas no asustan a nadie.

La noche es la hora a la que nos desvestimos.

La parte alta y la parte baja del cuerpo se dejan desnudar. El rubor de las mejillas. La tibieza de las lágrimas. Los sueños que se entregan apretando los labios. No tener miedo. La arena sobre la que acostarse. La suciedad. Otras pasaron antes por eso. La embriaguez. Los ojos enrojecidos. Los olvidos. De noche solo se ve lo que las manos son capaces de tocar.

NUTSHIMIT

NUTSHIMIT ES EL INTERIOR de las tierras, las de mis ancestros. Cada familia conoce sus tierras. Los lagos marcan la ruta. Los ríos indican el norte. En caso de aventurarse demasiado lejos por falta de juicio, siempre queda la vía del tren para volver a encontrar el camino.

Nutshimit, un ritual para los cazadores de caribúes. El aire puro del que los ancianos no pueden prescindir. Desde que perdieron el vigor de las piernas, acuden allí para respirar.

Nutshimit, un terreno desconocido, pero no hostil para el que va buscando el descanso de la mente. Hubo un tiempo en que esos bosques estuvieron habitados por hombres y mujeres que tomaban con las manos lo que la tierra les daba. Ya no están allí, pero han dejado su huella, su mirada, sobre las rocas, el agua de las cascadas y el verde de las píceas.

Nutshimit, para el hombre confundido, significa la paz. Esa paz interior que busca desesperadamente. El silencio después de gritar su angustia noches enteras sin que nadie lo oiga. El silencio de un viento que hace que las agujas del abeto murmuren. El silencio de una perdiz que deambula junto a una decena de otras. El silencio del riachuelo que prosigue fiel su camino, sepultado bajo un metro de nieve.

El joven quiere oír lo que la tierra de sus ancestros tiene que decirle. Esta mañana, coge el tren.

ELLOS DICEN IR AL tren. Nunca dirán ir a la estación o a la vía. Sino ir al tren. Es como partir muy lejos. Un deseo de apropiarse del largo viaje hacia *Nutshimit*. Van al tren porque es un modo de transporte que les resulta familiar. El único que sube derecho hacia el norte por tierra, que sigue el largo trayecto plagado de pequeñas escalas hasta llegar hasta Matimekush, Lac-John, la ciudad del hierro.

El edificio que hace las veces de estación es antiguo. Está recubierto de chapa gris. Las paredes son beis. En invierno hace frío en el interior, porque la gente no cierra la puerta. Apenas hay algunas sillas naranjas para esperar la hora del embarque, que tiene lugar temprano por la mañana, dos veces por semana. Los viajeros se quedan fuera, fumando un cigarrillo mientras beben café con azúcar. Sin impacientarse. Saben que van a salir pronto, ya sea hacia una de los cientos de cabañas desperdigadas a lo largo de la vía férrea, ya sea hacia Matimekush. Las familias y los ancianos prefieren la estación fría para viajar en tren. Llevan su abrigo más cálido, varios paquetes de cigarrillos y cajas repletas de comida, lo suficiente para la semana. Los hombres, por su parte, se guían por la temporada de caza y viajan cuando sienten la necesidad de aislarse. Se llevan menos cosas, aparte del fusil y la moto de nieve, ropa de abrigo y gasolina. Nada de carne, confían en su orgullo de cazadores. Tampoco hay alcohol en sus equipajes, por respeto a la tierra. A la hora del adiós, con el bebé en brazos, todos dicen hasta pronto, nadie llora, porque saben que los que se marchan lo

hacen en busca del descanso del bosque. Nadie los compadece, se les envidia. Ellos sonríen tendiendo la mano, con su almuerzo en la fiambarrera. Son las ocho. Comienza el largo camino, que dura varias horas, un día o hasta entrada la noche, dependiendo del destino de cada uno. El tren parte silencioso, despacio, para que se note toda su importancia.

Siempre es de noche cuando regresa. Apenas queda sitio en el andén, como si la ausencia de los cazadores hubiera durado meses. La mayoría no se ha ido más de una semana. Y, a los que se quedan más tiempo, otros los estarán esperando. Hay una espera por cada ausente. Brazos de sobra para el equipaje. Achuchones, rostros que sonríen. Se hacen las preguntas esenciales: Entonces, ¿cuántas perdices, cuántas liebres, cuántos caribúes has matado? Los coches se marchan uno a uno, rebosantes y animados.